

CUANDO TODO SE VUELVE FRONTERA

Ximena Póo Figueroa

XIMENA PÓO FIGUEROA

Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile, Máster en Relaciones Internacionales y Comunicación por la Universidad Complutense de Madrid, periodista y Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Austral de Chile. Profesora Asociada, académica del Instituto de la Comunicación e Imagen e integrante del comité académico de la Cátedra de Racismos y Migraciones Contemporáneas de la Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Chile. Forma parte del proyecto Red Transdisciplinaria de Racismos y Migraciones de la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo. Directora de Extensión de la Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Chile.

CUANDO TODO SE VUELVE FRONTERA

“Chile me enseñó todas las cosas malas que nunca viví en mi país. Aquí vivo en una pieza, encerrado. Chile me enseñó la miseria” (Wilfrid Fidele). Esta frase, recogida en una extensa entrevista publicada en 2018¹, caló hondo entre quienes hemos denunciado el racismo, clasismo y sexismo que resurgen –porque Chile nunca los ha dejado atrás– en tiempos de cambio. Y caló aún más profundo porque Wilfrid fue la pareja de Joane Florvil, el hombre que buscó por todos los medios que Joane fuera liberada después de que los carabineros pensaran que había abandonado a su hija, que nadie la acogiera, y que luego fuera llevada a la comisaría, a la Posta Central, al Hospital Clínico UC, para días después morir mientras su hija estaba a cargo del Sename. Ese día, en la calle, Joane experimentó su primera muerte en Chile. Ese día comenzó la búsqueda de justicia de Wilfrid, quien recuperó a su hija después de movilizaciones nacionales contra el racismo.

La hermana de Joane, Roxana Florvil-Gómez, encontraría otras palabras para la tragedia. Tragedia que en este territorio sudamericano (y se enfatiza aquí el concepto para recordar que Chile es parte de América Latina, algo que muchos olvidan) no acabará si no comprendemos que hace mucho la mundialización nos interpela para que pensemos y optemos por el lado de la historia donde debemos situarnos en nuestras subjetividades y a niveles superestructurales. El lugar desde el que nos situemos determinará los procesos estructurantes que definirán las dinámicas sociales y culturales para las próximas décadas. Y eso también calará hondo.

“Si ella hubiera sido rubia y con acento ruso otra cosa habría pasado. Ellos mismos sin consulta alguna, dentro de su criterio, dijeron culpable y la trataron de la peor manera, entonces esa vulneración de derechos de madre, también fue ejercida contra su bebé. La menor lloraba intensamente ya que necesitaba su leche, sin embargo, carabineros nunca accedió a que amamantara a su hija, se vulneraron los derechos de ambas, porque eran negras, migrantes, y los migrantes acá casi no tienen derechos, porque era mujer, y pobre”², denunciaba Roxana en Radio Universidad de Chile a un año de la muerte de su hermana, en septiembre de 2018, cuando la imagen de Joane ya estaba instalada como la del dolor, la resistencia, la injusticia,

-
1. En línea en <http://www.quepasa.cl/articulo/actualidad/2018/05/viudo-de-joane-florvil-chile-me-enseno-la-miseria.shtml/>
 2. En línea en <https://radio.uchile.cl/2018/09/24/la-muerte-de-joane-florvil-y-el-lejano-escenario-del-nunca-mas/>

la denuncia. Cuando el ícono de Joane nos hacía pensar que el racismo estructural nos seguiría mostrando su rostro más perverso en calles, micros, metro, trabajos, mesones administrativos, consultorios y hospitales, escuelas, liceos y universidades, campos. Y es ahí donde las memorias de los derechos humanos se escriben también hoy en el Mediterráneo, Centroamérica, México-Estados Unidos, la triple frontera de Chile. Las memorias del agua, de los muros levantados, de las pateras hundidas, de los caminos pavimentados de explosivos, de arriendos abusivos y salarios de miseria, hace rato que nos persiguen mientras países como Chile, a nivel de su doctrina estatal, se niegan –entre otras negaciones– a firmar el Pacto Global Migratorio o a levantar un proyecto de ley que no descansa en la seguridad interior del Estado, como viene haciéndose desde la dictadura cívico-militar y desde antes, desde tiempos coloniales y constituciones autoritarias que hasta hoy nos alcanzan.

Todo se ha ido convirtiendo en frontera.

Las fronteras se pueden desdibujar y para eso se requiere voluntad de poder, políticas públicas, organización migrante y pro migrante, aparatos ideológicos que dispongan de dispositivos diseñados para considerar una participación ciudadana basada en la idea de la interculturalidad, que es mucho más que la multiculturalidad de estancos que se ven, pero no se tocan, y tienden a capturar identidades. De ahí la importancia de las redes, los activismos con enfoque de derechos, la marca del lenguaje (se puede estar en condición de irregularidad administrativa, pero nunca un ser humano es ilegal), los relatos discursivos del Estado y su agenciamiento en los medios de comunicación.

La globalización heterogénea (Appadurai, 2001:41-46) vinculada a la mundialización nos remite a una inmigración que tiende redes “desde abajo”, es decir, una donde los sujetos inmigrantes viven en una liminalidad que no solo se da en términos de relación con la sociedad de “acogida” y entre los propios sujetos inmigrantes, sino que proporciona un modo de ser y estar en comunidad transnacional, es decir, supone prácticas más o menos estables y continuas entre aquellos que, a ambos lados de las fronteras del Estado-nación, mantienen ciertas relaciones de dependencia, especialmente –en una primera etapa de la existencia migratoria– basadas en el parentesco, las urgencias, los desvelos y esfuerzos extremos que se producen al momento de la llegada en el viaje migratorio. Un viaje que, aunque se deje de migrar, nunca termina.

A su vez, debemos pensar que la migración en red es también, desde la base del transnacionalismo, un fenómeno asociado a las estrategias y corrientes migratorias actuales, donde la comunicación juega un rol fundamental en la conformación y el posterior establecimiento de este tipo de comunidades. Seguir los estudios de Levitt

y Glick Schiller adquiere aquí sentido, sobre todo cuando animan a que “nuestro lente analítico, de manera necesaria, debe ser ampliado y profundizarse, ya que los migrantes se encuentran situados dentro de campos sociales en múltiples grados y múltiples lugares, que abarcan a aquellos que se trasladan y a quienes se quedan” (Levitt y Glick Schiller, 2004:61).

La construcción de una comunidad transnacional involucra una serie de prácticas culturales, políticas y sociales ligadas a la dimensión de lo nacional y, en ese sentido, la referencia a la nacionalidad es una referencia a las prácticas del país de origen y a una construcción “desde abajo” en donde existe una pugna de sentidos: por un lado estamos quienes propiciamos una idea de Estado plurinacional e intercultural (no se puede escindir la idea de país de espacio político de los pueblos originarios y del movimiento migratorio) y por otro están quienes basan las relaciones en el orden restrictivo de la norma excluyente. Lo anterior cobra mayor sentido si miramos el despliegue del proceso migratorio en la cotidianidad y en la conformación del *ethos* comunitario y de construcciones de subjetividades cada vez más complejas.

A partir de aquí pensemos en redes, especialmente en los procesos constitutivos de redes en entornos urbanos y rurales, condicionados por la sociedad de llegada y los contextos históricos, sociales, económicos y políticos resignificados por el o la sujeto/a migrante al momento de iniciar su viaje. Un viaje que construye redes de comunicación transnacional y redes de comunicación en el país de llegada, donde la ciudad se transforma en continente de relatos para hacer circular discursos complejos sobre lo que se entiende por inclusión, exclusión, colectivos y comunidades desde una vida cotidiana en constante dinámica de cambios, en emergencia.

La migración, como un proceso circular, sugiere cambios, inflexiones, continuidades en las vidas de quienes migran. En ese proceso, quien fuera ciudadano/a en el país donde organizaba su vida como “país de origen” se ve obligado a instalar en un nuevo lugar los retazos de esa vida para seguir construyendo su subjetividad y, en lo posible, establecerse bajo una perspectiva que le asegure experimentar un “buen vivir” en plenitud de derechos.

Ese supuesto posiciona a la ciudadanía como el eje, la bisagra, el principio, el medio y el fin de la migración. La ciudadanía como centro, como articuladora de la relación entre subjetividad, estructura y superestructura. Una relación que no deja de evidenciar sus tensiones en la vida cotidiana, en el marco de las políticas públicas, en su administración y en las complejidades ideológicas que constituyen los Estados-nación, como narrativas que, una vez imaginarias, pasaron a configurar sólidas instituciones, rigidizadas a partir del aseguramiento de sus fronteras. Lo anterior, sumado a la necesidad de los movimientos sociales por exigir más (y con razón) a la democracia, es parte de las premisas que han dado vida a colectivos que pretenden, a partir de presiones desde las bases sociales, cambios sustanciales en

la letra de la ley, en los sentidos culturales, en el tejido social, en las construcciones sociales donde el sujeto político es clave. Colectivos que, en el caso de Chile y en el actual escenario de la inmigración hacia este país sudamericano, han comenzado a pasar de ser redes precarias basadas en afectos, parentesco, trayectos laborales y/o trayectos de ocio, a constituirse en una voz que clama por un cambio de la legislación que asume, desde la dictadura cívico-militar de los 70 y 80, a la inmigración como un “problema”, una “amenaza” a la seguridad interior del Estado.

REDES ENTRE DOS MUNDOS

En la actualidad, la sociedad chilena, en especial la que habita la región Metropolitana donde se instala la capital, se tensiona y exige, por parte de los colectivos y movimientos que trabajan con enfoque de derechos, levantar una sociedad intercultural que reconozca el valor de la migración, donde cerrar fronteras y deportar (con eufemismos legales del tipo “retorno humanitario” para haitianos y haitianas; eufemismos para no enfrentar que no nos hemos permitido un Estado garante) es parte del mismo guion populista del gobierno de Sebastián Piñera, cuando la administración, por un lado, refiere a “ordenar la casa” y por otro anima a venezolanos y venezolanas a migrar a Chile en medio de un oportunismo político que luego desemboca en la exigencia de un visado que frena el viaje (viaje que incluso familias completas han hecho a pie entre fronteras) de los más pobres. Chile excluye la pobreza mientras las páginas económicas de los medios destacan que la migración solo inyecta “dinamismo a la economía”.

En ese escenario, quienes participan en la red de colectivos migrantes son profesionales liberales, estudiantes, obreros, comerciantes, entre otros oficios, que han comprendido que ya es posible dar un paso hacia otro momento del proceso migratorio: de un estadio de instalación, supervivencia y asentamiento, a un estadio de construcción densa de un y una sujeto político. Un estadio político menos inorgánico y espontáneo. Un estadio que requiere de una estrategia y tácticas en red que permitan penetrar ideológicamente a nivel político, educacional, cultural, comunicacional. Han comenzado a ascender en la escalera, en la espiral. Es la red que fisura las fronteras.

En la mayoría de estos colectivos y/u organizaciones –muchos de ellos agrupados en el Movimiento de Acción Migrante, en la Coordinadora Nacional de Migraciones y en la Red Nacional de Organizaciones Migrantes y Pro Migrantes– han comprendido que deben negociar, articular, para lograr, primero, visibilidad, y luego, incidencia política en el espacio público. Han ampliado los límites de los propios colectivos. Así, coincidimos con Lie cuando advierte que la idea del espacio de negociación no implica necesariamente que los elementos culturales se modifican y desarrollan como

resultado de esta negociación. Pueden permanecer inalterables y estáticos durante largos periodos de tiempo. Pero, en algún momento, el espacio total se considerará pasado, antiguo y no propio de este tiempo (Lie, 2002). Se trata de un espacio de negociación que desde las subjetividades es también político en su búsqueda, en su deseo de autorrealización, como lugar significado que articula diagonalmente lo público y lo privado. Habría que hacerse cargo de la teoría de Ernesto Laclau (1996), quien señala que lo personal es político, cuando este autor se pregunta ¿es realmente el reino de la autorrealización personal un reino privado? Y en este lugar, la ciudad –marcada por simulacros de utopía– es el espacio del juego al que se refiere Bourdieu, porque, de acuerdo con Barbero, “en la ciudad estallada y descentrada, ¿qué convoca hoy a las gentes a juntarse, qué imaginarios hacen de aglutinante y en qué se apoyan los reconocimientos?” (Martín Barbero, 2002:288-289).

Así es como los sujetos y colectivos que surgen de la migración y estos espacios transnacionales, en tanto su elaboración, circulación y reinterpretación constante, se moverán y moverán a otros y otras (los/as sujetos del país de asentamiento) en un inédito *ethos* cultural. Haciéndose cargo de lo anterior, la investigadora colombiana María Fabiola Pardo clarifica el concepto de transcultura, estadio siguiente a la interculturalidad, interseccional: “La transcultura, en el sentido más simple del término, representa el hábitat de la diferencia, la posibilidad de atravesar las otras culturas guardando siempre las cosas profundas que vienen de nuestro origen” (Pardo, 2008:60).

La red que transgrede las fronteras se teje en las identidades como búsqueda y sin clausura (recordar que la migración, como el género, refiere a identidades en proceso constante), se contrapone a la idea de mosaico cultural que alude a compartimentos separados y “guetizados”, a culturas que se observan bajo un supuesto prisma de tolerancia (mañoso concepto) impuesto desde arriba. Habría, por cierto, que extender la mirada a lo que propone Bauman cuando se refiere a la “comunidad ética” vinculada al espacio público en su articulación con el privado; una comunidad que, agregamos, a la vez es imaginada:

“Sería preciso que estuviera tejida de compromisos a largo plazo, de derechos inalienables y obligaciones irrenunciables, que gracias a su durabilidad prevista (y mejor aún garantizada institucionalmente) pudieran tratarse como variables conocidas cuando se planea el futuro y se idean proyectos. Y los compromisos que hacen ética una comunidad serían del tipo de ‘compartir fraternalmente’, reafirmando el derecho de todos sus miembros a un seguro comunitario frente a los errores y desgracias que son los riesgos inseparables de la vida individual” (Bauman, 2003:87).

Todo lo anterior puede inscribirse en un cuadro en el que “las sociedades postindustriales actuales están siendo el escenario de nuevos flujos migratorios, nuevas identidades territoriales, de confluencias culturales plurales y proyectos interculturales” (Nash, 2001), sobre los que es necesario indagar. Según Bhabha (2001), las representaciones culturales son vitales para la construcción de nuevas identidades cuando se trata de migraciones en la “demografía del nuevo internacionalismo (...). Los conceptos mismos de culturas nacionales homogéneas, de transmisión consensual o contigua de tradiciones históricas, o de comunidades étnicas ‘orgánicas’ (como los fundamentos del comparativismo cultural) están en un profundo proceso de redefinición” y, en esto, si bien hay que distinguir las diferencias con los procesos europeos, metrópolis tan segmentadas como Santiago de Chile también estarían viviendo esos procesos de redefinición.

Se trata de un devenir social inserto en un espacio reticulado (Foucault), dado por la circulación más que por la producción. Una circulación que se activa a partir de modos de intercambio fundamentados en la comunicación y en sus virtualidades, cuyas operatorias tienen referentes reales en el desarrollo de colectivos, comunidades y posicionamientos políticos a partir de esa comunidad imaginada que es la nación entendida como práctica cultural y que podría derivar en una nación transcultural que trasciende más allá de la comunidad que se establece y mantiene solo hasta cuando finaliza el ritual migratorio.

“Las redes se vuelven reales cuando son activadas, usadas para negociar o gestionar, para navegar o conversar (...). La singularidad del mundo que habitamos pasa por los espacios virtuales que, en otros tiempos, tejían los sueños y las representaciones, y ahora tejen también las redes de comunicación (...). Pues, el lugar significa nuestro anclaje primordial: la corporeidad de lo cotidiano y la materialidad de la acción, que son la base de la heterogeneidad humana y de la reciprocidad, forma primordial de la comunicación. Pues, aún atravesado por las redes de lo global, el lugar sigue hecho del tejido y la proxemia de los parentescos y vecindades” (Martín Barbero, 2004:262-267).

Es así como el espacio intermedio, el *entre dos mundos*, o lo que Bhabha ha denominado *in between*, interpela no solo a la cultura dominante sino a la propia historia del inmigrante. El autor, si bien únicamente en lo que se refiere a la obra y la estética, hace también un guiño a ese anclaje que propone la representación cultural que se crea sobre el lugar para constituir el espacio resignificado. El espacio migratorio es un espacio recreado y en disputa –una fisura en sí mismo, un *entre dos mundos*, un *in between*– donde se pueden detectar formas de comunicación

cotidianas y/o institucionalizadas que, a la larga, van dibujando imaginarios en donde convergen heterogeneidades que darían cuenta de la presencia de retazos de un mundo popular (en su mayoría no urbano) de origen. Además, se trata de un lugar que muestra cómo estos sujetos migrantes buscan reconfigurar esos retazos a partir de un punto de llegada, tornándose en un mundo (re)creado para sobrevivir entre flujos y redes materiales y simbólicas a modo de colectividades diversas, con variados grados de permanencia y propósitos, construyendo tipos de comunidades “alternativas” para facilitar el encuentro con las comunidades a las que se llega y abrir la puerta a la existencia de una trans migración permanente que los mantiene en red con sus comunidades de origen.

Así, la comunicación en red se levanta como elemento político, social y cultural constitutivo de comunidades que son también virtuales y que se manifiestan en dispositivos de comunicación formales (medios) y en relaciones interpersonales en constante negociación y disputa, bajo referentes espaciales concretos.

Se trata de una comunicación liminal (Grimson, Rodrigo Alsina, Martín Barbero) en el sentido de que es a la vez transnacional y que aspiraría a ser intercultural en un ámbito de profundas desigualdades estructurales y concepciones complejas de lo que podría entenderse por una ciudadanía en el contexto latinoamericano actual, que debe reconocer la inmigración intraregional como una experiencia relevante y frecuente. Y dentro de esa comunicación es clave dimensionar el impacto que las redes digitales pueden generar al interior de los colectivos y organizaciones y al interior de un espacio público mucho más amplio que interpelaría a la sociedad de llegada, en este caso. Asimismo, hay que destacar que las organizaciones y/o colectivos generan dinámicas “cara a cara” e interactivas a través de dispositivos tecnológicos que dan cuenta de transformaciones sociales que ofrecen a las comunidades la posibilidad de contar con herramientas que multipliquen las formas en que se genera y distribuye el conocimiento. Desde esta perspectiva, la apertura es la pieza clave de este círculo virtuoso de participación y colaboración (Levy, 2007; Crovi, 2007).

Lo anterior se complementa cuando se observa que existe una serie de hitos que, en especial en los últimos años, han ido construyendo un discurso que articula “lo político” con “lo cultural”, propiciando también redes relacionadas con encuentros culturales que aún no logran relacionar simétricamente –es decir, en igualdad de condiciones y desde el lugar de la disputa política más aguda– a los actores que promueven esas experiencias, como son los “encuentros” y “festivales” culturales cuyo fin es visibilizar a la inmigración y promoverla como un derecho y una oportunidad para ir al encuentro de una comunidad intercultural. Subyace, entonces, una conciencia creciente de que es necesario hacerse cargo de la tensión

que se produce entre la noción de multi e interculturalidad, transfiriendo esa tensión cultural, política y social al plano de la ciudad. Es en la ciudad, en especial en la capital, donde la discriminación y el racismo son parte de estructuras estructurantes en la sociedad chilena.

Por lo mismo, quebrar esas estructuras ha requerido prácticas y discursos desde las bases, “desde abajo”, a través de movimientos y colectivos, para presionar por una nueva ley migratoria y prácticas que favorezcan una construcción de un Otro desde un enfoque simétrico y no desde el poder de un grupo dominante sobre otro. En ese tramado ha sido posible observar prácticas culturales críticas y otras que peligran en caer en la folclorización cultural de la vida y sus representaciones.

MUERTES, LETRAS Y CALLES

Toda teoría no alcanza y lo sabemos quienes trabajamos en investigación-acción, en ese lado incómodo que lucha contra el extractivismo académico y carga en las calles el cartel de la exigencia e incidencia, porque hay que dar vuelta la cámara y mirarnos para reconocernos en los pliegues del comentado *entre dos mundos*, en la intersección de alerta contra el racismo, el clasismo, el sexismo y el machismo; alerta sintetizada en letras de molde, sobre las calles: “No más racismo”, “Migrar es un derecho”, “¡Ningún ser humano es ilegal!”, “El racismo mata”, “Jistis pou Joane”, “Aborta al racismo”, “No al cierre de fronteras”, “Fuera racistas de nuestros barrios”, “Unidas contra la misoginia y el racismo”, “Ser migrante no es un delito”.

“Rebeka Pierre murió el jueves pasado en una calle de Cerro Navia, embarazada de nueve semanas, después de ser atendida por dos establecimientos de salud pública: el Cesfam Steeger de Cerro Navia y; luego, el Hospital Félix Bulnes. Los vecinos la encontraron en la calle y, aunque la llevaron de urgencia a un consultorio, ya era tarde. Falleció por un paro cardíaco...”³ (El Desconcierto, 20 de mayo de 2019).

Así informaba la prensa, ahora en 2019, de la muerte de Rebeka Pierre, médica haitiana, voluntaria de Cruz Roja, cuatro años en Chile, un hijo de cinco años y un hermano de 26, con estudios en Cuba, a la espera de revalidar su título y sin dinero

3. En línea en <https://www.eldesconcierto.cl/2019/05/20/las-dudas-que-se-plantean-por-la-muerte-de-rebeka-pierre-tras-ser-atendida-en-el-hospital-felix-bulnes/>

para hacerlo. Pocas líneas para una vida intensa y una muerte en un paradero, una muerte que se investiga por negligencia y racialización.

Una muerte en las fronteras internas, dibujada luego en velatones, marchas y declaraciones como la de Corporación Humanas:

“Estamos ya cansados y cansadas de ver muertes evitables de personas inmigrantes, afrodescendientes, de mujeres negras que mueren por racismo, por negligencia, por discriminación. Es por ello que exigimos justicia y reparación para la familia de Rebeka y llamamos a las autoridades a tomar las medidas para garantizar el buen funcionamiento de los centros de salud y se consagre el derecho a la salud en Chile, sin distinción, porque este tipo de hechos no sólo afectan a inmigrantes, sino también a chilenos y chilenas, usuarios de la salud pública”⁴.

La muerte de Rebeka Pierre habla de la misma miseria experimentada por la pareja de Joane Florvil en 2017 y que a diario viven inmigrantes intraregionales (América Latina y el Caribe). La misma miseria que mató de frío a Benito Lalane y lo mantuvo por un largo tiempo en el Servicio Médico Legal, y la misma miseria que mató a Joseph Henry luego de esperar días en el aeropuerto de Santiago para regresar a Haití porque aquí solo encontró pobreza en todas sus formas.

Y es la propia muerte la que nos vuelve a conectar con la noción de aquellas redes depositarias de la posibilidad de transformación social. Es deber de la academia y las organizaciones pro derechos sostener la mirada para co-experimentar cómo se habita *entre dos mundos*, volviendo porosa la idea de Estado-nación, tensionando campo y ciudad. Los hilos discursivos, lo sabemos, conforman esas redes y materializan acciones, repertorios culturales, sociales y políticos. No hay muchas dudas cuando se piensa, siente y cree que estamos a un paso del populismo (Brasil ya lo dio recientemente), y frente a eso es la fortaleza de la migración la que nos abre los espacios en red sobre el “buen vivir” inter y transcultural, entre viejas y nuevas estructuras de este siglo XXI en que todo se ha vuelto frontera.

4. En línea en <http://www.humanas.cl/?p=18524>

REFERENCIAS

- Appadurai, Arjun (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (primera edición 1990).
- Bauman, Zygmunt (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI, 2003.
- Bhabha, Homi K. (2001). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Ediciones Manantial SRL.
- Bourdieu, Pierre (1988). *Cosas dichas*. Madrid: Gedisa.
- Crovi, Delia (2007). *Redes sociales digitales: lugar de encuentro, expresión y organización para los jóvenes*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Delgado, Manuel. “Dinámicas identitarias y espacios públicos” en *Revista Cidob d’Afers Internacionals*, núms. 43-44, pp. 17-33. Barcelona: Fundació Cidob, 1999.
- Foucault, Michel. “Des espaces autres” (De los espacios otros), conferencia dictada en el Cercle des études architecturales, 14 de marzo de 1967, publicada en *Architecture, Mouvement, Continuité*, n. 5, octubre de 1984. Traducida por Pablo Blitstein y Tadeo Lima. Disponible en www.urbanoperu.com/system/files/Foucault_De+los+espacios+otros.doc. Revisado el 10 de octubre de 2011.
- Hall, Stuart. “Introducción: ¿quién necesita identidad?”, en Stuart Hall y Paul du Gay (Comps.), *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Laclau, Ernesto (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel, 1996.
- Levy, Pierre (2007). *Cibercultura: la cultura de la sociedad digital*. Barcelona: Anthropos.
- Levit, Peggy y Glick Schiller, Nina (2004). “Perspectivas internacionales sobre migración: conceptualizar la simultaneidad”, en *Migración y Desarrollo*, N°3, segundo semestre.
- Lie, Rico (2002). *Spaces of Intercultural Communication. An Interdisciplinary Introduction to Communication, Culture and Globalizing/Localizing Identities*. 23ª Conferencia de la Asociación Internacional de Estudios en Comunicación Social (Aiecs). Barcelona: Hampton Press.
- Margarit Segura, Daisy y Bijit Abde, Karina (2014). Barrios y población inmigrantes: el caso de la comuna de Santiago. En *Revista Invi*, vol. 29, N°81. Santiago de Chile: Universidad de Chile.

- Martín Barbero, Jesús (1991). “Dinámicas urbanas de la cultura”, en *Revista Gaceta de Colcultura*, N°12, Bogotá, 1991.
- _____ (2002) *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación de la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nash, Mary (2001). “Diversidad, multiculturalismos e identidades: perspectivas de género”, en M. Nash y D. Marre (eds.), *Multiculturalismo y Género*. Barcelona: Editorial Bellaterra.
- Pardo, María Fabiola (2008). “La inmigración y el devenir de las sociedades multiculturales: perspectivas políticas y teóricas”, en Novick, Susana (comp.), *Las migraciones en América Latina. Políticas, culturas y estrategias*. Buenos Aires: Clacso.
- Stefoni, Carolina (2004). “Inmigrantes transnacionales: la formación de comunidades y la transformación en ciudadanos”, en *Política* Vol. 43 Cap. 9, Inap, Universidad de Chile. Versión en PDF, Flacso, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Chile.